



Cerdito, Puerquito, Marranito y Cochito. Cuatro hermanos idénticos, muy diferentes.

**PUERQUITO, CERDITO, MARRANITO Y COCHITO:
CUATRO HERMANOS IDÉNTICOS, MUY DIFERENTES**

Cuento infantil, sobre la unión familiar.

Había una vez, en el reino de los animales, una familia muy especial conformada por Mamá Pig y Papá Chato, quienes tuvieron la fortuna de procrear de un solo golpe, cuatro crías que vinieron a alegrarles la existencia. Cuando los vieron juntos por primera vez, pensaron que algo malo les sucedía en sus ojos, porque en la cuna, estaban los cuatro bebés envueltos en cobijitas y eran exageradamente idénticos. Se tallaban sus ojos, pues pensaban que estaban viendo doble, pero seguían observando ahí a los cuatro. Estaban muy preocupados porque tenían pensado solamente un nombre, pero ahora les faltarían tres más. Papá Chato, que era muy creativo, le propuso a su esposa, que el que nació primero se llamaría Puerquito, al segundo lo nombrarían Cerdito, al tercero Marranito y al último Cochito. A mamá Pig, le encantaron sus nombres y a ellos, cuando ya entendían, muchísimo más.

Los hermanitos eran muy unidos y conforme iban pasando los días, cada uno iba moldeando su personalidad. En un inicio, Mamá Pig, casi se volvía loca, porque se quedaba sola con los cuatro bebés, mientras Papá Chato, se iba a trabajar con el resto de los padres de otros animalitos; ella se desesperaba bastante, pues lidiar a cuatro hijos idénticos no era tarea fácil, ya que cuando uno de los recién nacidos quería papilla, el otro andaba haciendo travesuras; mientras otro se escondía porque no le gustaba que le diera la luz del sol, el otro andaba trepando los cercos del corral. Eso pasaba todo el tiempo, hasta que fueron creciendo y Mamá Pig, fue entendiendo el comportamiento de cada uno, pues, aunque eran igualitos, las diferencias en su modo de ser, de jugar, de comer y hasta de amar, los convertía en únicos. Los demás animales de aquel lugar no podían saber cuál era quien, pero ella, los identificaba perfectamente bien y por eso tenía todo bajo control.

Los cuatro hermanos, eran exactamente iguales por fuera, sus hocicos eran igual de redondos y sus colitas igual de enroscadas. Tenían el mismo color de piel y también sus cuatro patitas idénticas, incluso, en la delantera derecha, los cuatro hermanos habían heredado de Papá Chato, la misma mancha café en forma de corazón, por eso todos en el pueblo los confundía, excepto mamá Pig y Papá Chato. Porque como todos sabemos, nuestros padres, son quienes mejor nos conocen y en ocasiones presienten lo que nos sucede. Existe un vínculo indescriptible entre las familias, es algo que solamente quien es padre o madre, pudiera explicar, pero que tiene que ver con un amor incondicional que sienten por cada uno de sus hijos.

Se distinguían entre ellos pues de manera particular, tenían un instinto curioso y gustos distintos. Vivían juntos en una casita al borde del bosque, donde los días comenzaban con risas, discusiones por el desayuno y carreras bajo el sol, tal y como ocurre en todas las familias. Cerdito, era tranquilo y soñador, le encantaba mirar las nubes y pensar en historias; Puerquito, prefería el ruido, las charlas y los juegos bulliciosos; Marranito, siempre ordenado, ponía las cosas en su sitio y cuidaba los detalles; mientras que Cochito, era aventurero, nunca se quedaba quieto y siempre encontraba nuevos caminos entre los árboles. Así, aunque compartían familia y hogar, cada uno veía el mundo con ojos diferentes, y eso hacía que su vida juntos, fuera especial, llena de sorpresas y aprendizajes. Porque en todas las familias, por más parecidas que sean, las diferencias son lo que les da color y los convierte en un equipo único.

Cierto día, Cochito decidió irse a conocer otros lugares lejos del bosque y les dijo a sus hermanos, que guardaran en secreto esa decisión, puesto que no quería que sus padres le prohibieran salir del pueblo. Marranito, siendo el más consciente, le dijo que eso no estaba

bien, pero que, por lealtad, no diría nada. En su interior ya estaba sufriendo de solo pensar que ya no lo vería y, además, le preocupaba que, Mamá Pig, enfermara de tristeza. Cerdito le dijo al oído: —¿Miras aquellas cuatro estrellas que forman un cuadrilátero? Son las más brillantes. Cuando te sientas sólo y nos extrañes, solamente mira hacia el cielo y nosotros también las miraremos cada noche para estar conectados. —De los ojos de Cochito salieron lágrimas, porque en realidad amaba a sus hermanos y a sus padres, pero no era inmensamente feliz, por esa razón, su espíritu aventurero, siempre salía a flote. El otro hermano, Puerquito, había salido momentáneamente y cuando regresó no decía nada. Observaba a sus tres carnales y solo movía la cabeza hacia los lados, mientras su cola parecía desenroscarse. — ¿No me vas a decir nada Puerquito? Le dijo con voz tenue Cochito. Lo cierto era que los hermanos estaban consternados, debido a que Puerquito era muy inquieto y le encantaba el relajo. Pero ahora, estaba callado. Observándolos y apretando un pedazo de papel entre sus patitas.

El pedazo de papel que Puerquito apretaba con fuerza, era pequeño, arrugado y tenía los bordes mordisqueados, como si hubiera sido testigo de muchos momentos en el corral. Sobre la superficie, con letras torcidas y algunas manchas de barro, se leía un mensaje sencillo, pero lleno de sentimientos:

“Hermanos, no importa a dónde vayamos, siempre seremos familia. Si un día alguno se siente solo, recuerde que en el lodo o bajo las estrellas, nuestro corazón estará unido. Prometamos nunca olvidar nuestro rincón junto al bosque.”

Debajo de esas líneas, cada uno de los hermanos había puesto la huella de su patita, a modo de firma secreta de complicidad, como un pacto silencioso para recordarse siempre, sin importar cuán lejos llevaran sus caminos. Era ese pequeño papel el que Puerquito había

escrito cuando salió, quizá para encontrar fuerzas en el momento en que las palabras no pudieran salir de su hocico y las emociones lo sobrepasaran.

Ninguno de los cuatro hermanos, en el alboroto de aquella arrebatada decisión, se dio cuenta que, tras la puerta de su dormitorio, estaban Mamá Pig y Papá Chato, escuchándolos con sus hocicos abiertos. Patidifusos. No daban crédito a lo que estaba pasando y se preguntaban uno al otro, que sí qué era lo que habían hecho mal, para que uno de sus hijos los abandonara y los otros tres, no harían nada para detenerlo, e incluso, ni avisarles a ellos. Se sintieron muy tristes y no aguantaron más, así que dieron la cara. Con un suspiro profundo y el corazón apretado, Mamá Pig y Papá Chato se acercaron a sus crías. Los cuatro hermanos se sintieron avergonzados y descubiertos, pero sabían que Mamá Pig era muy sabia, así que bajaron sus cabezas y temblorosos, esperaron para escuchar el castigo que les darían. Con voz suave, pero firme, Mamá Pig les compartió un mensaje lleno de ternura:

—Hijos, cuando uno de ustedes sufre o desea volar lejos, también nosotros sentimos ese vacío. No queremos que ninguno camine solo, ni que la distancia nos haga sentir extraños. La vida es un viaje, y si uno de nosotros sueña con nuevos horizontes, ese sueño puede ser de todos. — Puerquito, Cerdito, Marranito y Cochito, subieron sus caras y una leve sonrisa se les dibujó en el hocico. Ya no tuvieron miedo y solo faltaba escuchar a Papá Chato, para averiguar en qué pararía el asunto del viaje, por otros destinos de Cochito.

Papá Chato, con la mirada brillante, añadió: —La familia es como un campo verde; siempre se puede crecer juntos, sin importar a dónde nos lleve el viento. — Fue entonces que, tras mirarse con complicidad, ambos padres propusieron algo inesperado:

—¿Por qué no nos vamos de viaje todos juntos? Así, nadie se queda atrás y cada uno podrá descubrir nuevos lugares en compañía de la familia. No importa si el bosque se queda lejos o si las estrellas nos guían por otros caminos; lo importante es que estemos unidos, creciendo y aprendiendo juntos. La noticia sorprendió a los hermanos, quienes de repente sintieron que la aventura no tenía por qué ser solitaria.

Las diferencias que tanto los hacían únicos, ahora serían la chispa para recorrer el mundo como un equipo. Así, entre risas, abrazos y promesas renovadas bajo las estrellas, la familia preparó todo para emprender el viaje, convencidos de que, juntos, no había frontera que los separara, ni sueño demasiado grande por alcanzar.

¡Colorín colorado...este cuento ha terminado! ¡Y por esa carita que pones, sé que te ha gustado!